

á la chicha, águila al chulo, etc., es sencillamente una mentira, y lo que es peor, una mentira de mal gusto.

No negamos que los buenos escritores españoles antiguos y recientes son apreciables modelos; no desconocemos la autoridad doctrinal de la Real Academia de la Lengua, pero el mal que amenaza al idioma no es la conservación de nuestros provincialismos: es la invasión del mal gusto literario. Ideas confusas, frases antitéticas, vocabulario ininteligible, imágenes de pesadilla, renglones aconsonantados sin cadencia ni ritmo; eso es lo que puede dar muerte á la lengua castellana en la América española, y en la Península también.

Contra semejante peligro ha trabajado el Sr. Cuervo con el ejemplo de su limpia y transparente prosa; trabaja difundiendo los más hondos conocimientos filológicos. Quien llegue á gustar de estudios serios, aborrecerá la fácil literatura, vacía de pensamientos, reñida con todo precepto y en que la extravagancia mayor se premia, entre los iniciados, con mayores elogios.

R. M. C.

Marzo de 1907.

## LA SOBRIEDAD EN EL SABER

(Sermón predicado en la capilla del Colegio en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario)

*Oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.*

Rom. XII. 3.

Es conveniente saber, pero saber con sobriedad.

No os parezca, amados jóvenes, que vengo hoy á esta cátedra sagrada á pronunciar un discurso evangélico, con ocasión de la fiesta anual de vuestra Santa Patrona, para despertar en vosotros ideas de vanidad, hablándoos de las glorias que estáis llamados á alcanzar en la carrera de las letras y las ciencias. No: esta palabra, de la cual soy mi-

nistro, es palabra de vida, y está destinada no á excitar las pasiones del hombre, sino á calmarlas; no á inspirar la ciencia que hincha, sino á persuadir la caridad que edifica. Además de que no debo olvidarme que estoy hablando en presencia del mismo Señor que me envía á enseñar su evangelio á los hombres, que estoy en el sagrado recinto de un templo dedicado á la que es el asiento y la madre de la sabiduría, y en presencia de un claustro ilustre, que no ha conocido las dificultades de la ciencia sino para vencerlas, y tan distinguido por sus gloriosas tradiciones y por el nombre de su ilustre fundador, como por el título que lleva, del cual se precia, y por el mérito del que es hoy su rector y maestro, y que espera de mí lecciones de virtud más que de ciencia, y consejos para hallar á Dios más bien que disertaciones para aprender á discurrir sabiamente sobre las letras, las artes ó las ciencias. Y así debe esperar, ciertamente, porque ¿qué importa ignorar estas ciencias si se sabe al Autor y Señor de todas ellas? ¿Qué importa no entender la ciencia de las cosas perecederas si se tiene la ciencia de lo infinito? ¿Qué importa no conocer las consecuencias si se conoce el principio soberano, el principio único que está en Dios? Además, si otra fuese mi misión en esta cátedra, es decir, si en vez de una ciencia divina os tuviese que enseñar la ciencia humana, entonces en vez de dogmas os enseñaría teoremas y os haría demostraciones, y en lugar de reunirnos en el templo, estaríais en vuestras aulas, porque nada encontraríais aquí que no lo tuvieseis en ellas.

Tened, pues, á bien, que dejando aparte las exterioridades, por decirlo así, y las pompas de esta fiesta, y sin ponerme á examinar su antigüedad y su importancia en el Colegio, me aproveche más bien de la utilidad que ella presenta para el bien y la edificación de vuestras almas; permitid que en vez de hablaros de la gloria de las ciencias y del aprecio que de ellas debe hacer siempre la juventud estudiosa, os hable más bien de sus peligros y del abuso

que de ellas puede hacerse, para que evitándolos cuidadosamente, logréis alcanzar con ellas otra gloria imperecedera, inmortal y sólida.

Os halláis actualmente en el estudio de las ciencias y en la penosa carrera de adquirirlas; por ello os felicito cordialmente, porque cuando se saben, y cuanto mejor se saben estas ciencias, mayor garantía tiene uno para sí y para los demás de no ser engañado. Porque la ciencia es el ojo que mira, que escudriña, que compara, que reflexiona, que busca la luz y se apodera de ella, que añade á los siglos pasados el peso de los siglos nuevos, y como centinela paciente del tiempo, arranca lentamente al universo sus eternos y profundos arcanos. Pero el hombre puede corromper la ciencia, según la célebre frase de Bacon, ó puede abusar de ella, porque de ¿qué no abusa, si hasta de la luz abusa contra la verdad? Por eso necesita la ciencia una garantía, un compañero, un guía inseparable, incorruptible, el *sapere ad sobrietatem*, de San Pablo, en una palabra, la virtud. Porque la ciencia sin la virtud no solamente es un vano remedio contra el error, sino que se presta fácilmente al servicio de las pasiones del hombre; pero cuando la virtud corrige á la ciencia y la ciencia ilustra á la virtud en una misma alma, se forma en ella entonces una luz semejante á la del cielo, y tan cercana á la perfección como puede el hombre apetecer.—AVE MARÍA.

Dios Nuestro Señor es el origen supremo y el fin último de todas las cosas; y el destino del hombre sobre la tierra es alcanzar á su perfección y obtener su bienaventuranza. Por consiguiente, nos es necesario á nosotros averiguar cómo hemos de caminar por esa vía peligrosa, cuyos dos puntos extremos están ocupados por Dios. Ahora bien: Dios nos ha revelado nuestro principio y nuestro fin, y nos ha dado á conocer también los medios de dirigirnos del uno al otro, sin lo cual no se podría realizar el objeto divino, que es satisfacer á su bondad, comunicándose á sus

criaturas. ¿Y cuáles son estos medios? Estos medios son la verdad y la virtud. Antes de la prevaricación original, Dios mismo ocupaba la inteligencia y el corazón del hombre, de cuyas facultades saltaba una fuente de agua viva, que elevándose hasta la vida eterna, caía y se derramaba sobre su alma, bañándola en celestiales delicias; mas la pronta prevaricación del hombre lo privó del goce de estos bienes, y soplando la soberbia con aliento, maléfico la llama que Dios había encendido en su alma, atrajo sobre su entendimiento tinieblas y oscuridades infinitas y los más desordenados afectos sobre su voluntad. No obstante esto, el hombre, dice San Agustín, conserva todavía, aun en medio de las ruinas de su primitiva inocencia, ciertas inclinaciones á la verdad, al bien y á la virtud, que son como la esperanza de su restablecimiento y de su gloria; pero aun estas felices reliquias de su antigua rectitud constituyen los primeros desórdenes de sus pasiones, y estos dichosos y saludables remedios se convierten, á veces, en sus manos, en tristes y lamentables escollos. ¿Qué cosa, en efecto, es más digna del espíritu del hombre que aquella ansia de saberlo todo que le es tan natural? Y, sin embargo, ¿qué cosa es más indigna de él que el modo como la satisface á veces?

El deseo de saber, de adquirir luces, de acumular conocimientos, de progresar incesantemente en todos los ramos del saber humano, ha sido, ciertamente, en todo tiempo aspiración tan natural como legítima del hombre. Esto proviene de que nuestra inteligencia está formada de tal manera y ha recibido de Dios tal temple de luz, que cuando adquiere cierto grado de conocimiento no se detiene en él, sino que anhela pasar más adelante.

Así como se dice de Alejandro, que desde sus juveniles años soñaba ya con la conquista de todo el universo, podemos decir también de la inteligencia del hombre, que tan luego como despierta á la luz, tan luego como descubre seres y relaciones entre los seres, aspira á sondear, á

penetrar sus profundidades, y anhela por dominio sobre todo el universo. Nada es más natural ni más legítimo, repito, porque la inteligencia es la facultad de conocer, y conocer es ver lo que es ó poseer la verdad; de donde se sigue que si la verdad es el objeto propio de la inteligencia, la función propia de ésta es inquirir siempre la verdad, es buscarla y retenerla, es vivir de ella y por ella; este es su gozo y su placer, porque en cuanto una facultad se une á su objeto, ella goza, se complace, se exalta y es dichosa, según la naturaleza de la visión que la ilumina y la llena. Nuestra inteligencia es una luz, y no teniendo relación sino con la luz, siempre que se le presente va derecho á ella, como se abren los ojos á la luz del día, y se abrevan con su claridad. Naturalmente, y por sí misma, nuestra inteligencia no quiere ni busca otra cosa más que la luz de la verdad, y por más que le hayáis vertido de esta copa durante muchos siglos, ella os dirá siempre: no estoy satisfecha todavía, esto no es bastante aún. Esto explica esa prodigiosa actividad de nuestra inteligencia para dedicarse al estudio de las ciencias y á la investigación de la verdad; por eso cuando descubre alguna en los diversos ramos del saber á que se aplica, esta verdad que ha descubierto, que le es patente, con la cual ha gozado, lo induce á percibir otras verdades, ya sea en escala ascendente, ya sea en escala descendente, y mientras no haya llegado al último término en el estudio de los seres, ella avanza siempre sin detenerse jamás.

Semejante á un aeronauta conducido en su atrevida barquilla, va mientras el aire lo sostiene; y como el aire, á lo menos en la apariencia, no tiene fin, va hasta que por un obstáculo que no depende de sí mismo, se encuentra detenido. De la misma manera, la inteligencia del hombre, ensanchando cada vez más temerariamente el vasto campo de sus investigaciones, tropieza también, en el extremo mismo del horizonte que abraza, con límites insuperables, contra los cuales se estrellan su poder y su vana

curiosidad; porque todo el que pretende sondear la majestad de las obras divinas, dice la Escritura, será inevitablemente oprimido por la gloria. *Scrutator maiestatis opprimetur a gloria.*

La inteligencia del hombre ha soñado también con la conquista de todas las verdades, y sin embargo, apenas ha podido someter aquéllas que caen bajo el dominio de los sentidos. Pero acostumbrada como está á ver con claridad todas las verdades del orden natural, sufre ahora con impaciente orgullo la santa oscuridad de aquéllas que pertenecen al orden de la fe; sobrado grande para no creerse con derecho á una luz sin límites, toda sombra la considera un ultraje, todo misterio una locura, toda dependencia una usurpación de su soberana autoridad; en una palabra, embriagada con sus propias luces, y débil para respetar el límite insuperable puesto por Dios al orden sobrenatural, se *desvanece* por sí misma, según la enérgica expresión de San Pablo, y concibiendo un sombrío tedio de la verdad que no alcanza, sacude su yugo, como sacude el viajero, al fin de un largo día, el polvo y el cansancio de sus pies. Entonces siente el hombre placer en dudar, y orgullo en contradecir y en negar. Cierto que no siempre baja la duda hasta estas profundidades, en donde ya nada subsiste en el alma, pero en cualquier parte en que se detenga, ó más alto, ó más bajo, ella es siempre el matador del alma, porque le hace aborrecer su primer bien, que es la verdad, porque enturbia en ella las fuentes cristalinas en donde ha de beber su gloria y su felicidad.

¿No habéis reparado alguna vez en las frentes de algunos de vuestros contemporáneos esas tristezas misteriosas que revelan el tormento y la agitación de su alma? Víctimas de la duda, esos hombres, sin embargo, lo han estudiado todo, lo han explorado todo, lo han examinado todo; todo, porque hasta en el orden sobrenatural nada se ha escapado á la irrespetuosa curiosidad de su poderosa inteligencia; y sin embargo, un denso velo cubre sus ojos,

y no les permite penetrar hasta el fondo de lo mismo que ven, ni aun siquiera darse cuenta de los resplandores de su propio entendimiento. Sus luces son hasta tenebrosas, porque cada nuevo progreso que hacen en las ciencias es otro abismo más que se presenta á su vista, y semejantes al labrador que arando en los campos de Tebas ó de Babilonia, tropieza á cada momento con ruinas desconocidas, estos orgullosos investigadores de todo, á cada surco nuevo que abren en la inmensidad de las cosas, hacen salir del seno mismo de la ciencia grandes y dolorosas oscuridades. Lamentable desgracia, ciertamente, pero á ella conducen de un modo inevitable el orgullo del entendimiento, y esa codicia de saberlo todo, que trayendo consigo una aplicación desordenada al estudio de las ciencias, especialmente de las ciencias profanas, inspira casi siempre, por efecto de nuestra flaqueza, la disipación del espíritu y esa especie de libertinaje en el entendimiento.

Pero este escollo, casi siempre inseparable de los talentos vastos y perspicaces cuando se aplican desordenadamente al estudio de la ciencia, no tiene casi peligros para los talentos pequeños. La fe es para éstos una virtud muy fácil: como su vista tiene tan pocos alcances, poco es también el trabajo que les cuesta creer; su mérito en este punto es puramente de corazón. Ellos no tienen necesidad de sacrificar unas luces que jamás han ilustrado su alma de una manera particular, y si la fe es aún para ellos un sacrificio, este sacrificio, semejante al de Abraham, no tiene sino leña y fuego, amor y sencillez, pero no víctima: *ecce ignis et ligna; ubi est victima holocausti?*

Pero no sucede lo mismo con los talentos vastos y perspicaces, aplicados desordenadamente al estudio de las ciencias: acostumbrados como están á examinarlo todo, van perdiendo la costumbre de creer; para creer necesitan violentarse mucho, y el sujetarse á la santa oscuridad de las verdades superiores es lo mismo que descender del trono, para entregarse al cautiverio, es despojarse,

como David, de las señales de la dignidad real, para caminar delante del arca, sentando plaza de locos por Jesucristo. Habiendo disfrutado muchas veces el privilegio de entrar en el santuario de la verdad, sufren ahora con soberbia repugnancia el no poder traspasar los sagrados límites que cubren de sombras y hacen impenetrables las verdades de la fe. De ahí esa curiosidad tan poco respetuosa con que pretenden entrar en un santuario que sólo debieran adorar desde lejos; de ahí el no querer sufrir el yugo de la fe, ó á lo menos de querer imponérselo á sí mismos, pero aligerado y moderado á su arbitrio. Ved ahí, amados jóvenes, cómo una pasión, tal vez la más tenaz de todas, la codicia de saber, conduce al hombre, aun al hombre versado en las cosas religiosas, al orgullo de la ciencia, á esa especie de infatuación del entendimiento, que embriagado de sí mismo con sus propias luces, se mira en lo que sabe, como Narciso en su fuente, y que juzgando todo límite una injuria á su capacidad, pretende tratar con Dios de igual á igual. Ah! los anales de la religión nos conservan, para eterna confusión del orgullo de la ciencia, la memoria de las deplorables caídas de esos hombres, y casi no ha habido siglo que no haya presenciado alguno de estos tristes y lamentables naufragios!

Con razón los primeros apologistas de la fe dieron nombres tan odiosos á la ciencia y á la filosofía de los antiguos. Tertuliano, extremado en esto como en todo, la consideró no solamente incompatible con el Evangelio, sino también ruinoso del edificio de la fe: *concessio veritatis philosophia*. Esto explica aquel santo horror que le tenían los primeros discípulos, y esa dichosa fidelidad con que guardaban la memoria de este consejo de San Pablo: *non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*. Ah! cuánto debiéramos desear el ver reproducida entre nosotros esa piadosa delicadeza de los tiempos primeros; acaso las ciencias perderían por una parte lo que por otra ganaría la fe; tal vez Colombia tuviera menos sabios, pero en recompen-

sa de esto la Iglesia contaría más fieles en su seno. Mas no vayáis á pensar, amados jóvenes, que sea mi intención combatir la vanidad del espíritu proscribiendo al mismo tiempo el estudio de las ciencias profanas: no; sólo he querido advertiros de sus peligros y del abuso que de ellas puede hacerse, para que purificando sus raíces y mezclando á sus aguas corrompidas las vivas aguas del Evangelio, hagáis que lo profano sirva á lo divino, que la mentira sirva á la verdad, que la filosofía sirva á la fe; en una palabra, que las ciencias á las cuales aplicáis vuestros talentos aumenten en vuestra alma los tesoros de fe, que Aristóteles en vuestras manos se convierta en un apologista de la religión.

El abuso de la ciencia es, pues, lo que engendrando en el espíritu del hombre la disipación y el libertinaje, lo separa de las luminosas regiones de la fe, para hacerle correr tras la magia oscura é impotente del universo material. Porque á fuerza de sacar el hombre de su inteligencia tesoros de saber para arrojarlos sobre el mundo, y á fuerza de contemplar y de estudiar este mismo mundo adornado de aquella belleza sublime que él le ha dado, acaba al fin por convencerse de que el mundo es quien le ilumina y que sólo el mundo merece el honor de una cultura asidua. De ahí que relegando á Dios como en un trono inaccesible, no tarde mucho tiempo en perderle de vista, en olvidarle, en desconocerle y en no tener de El y de la verdad revelada sino una noción vaga y sin resultado. Su inteligencia queda entonces sumida en un abismo tan profundo como el infinito, y retenida entre los tormentos de una hambre que jamás saciará la ciencia humana, se abandona á una porción de aspiraciones con las cuales no puede alcanzar sino sombras vanas en medio de un abismo inmenso y engañoso. De ahí las quejas de esos hombres que lo han explorado y que de sus largas navegaciones por el océano de las cosas, sólo han sacado, con una ciencia más vasta, unas dudas profundas. De ahí aquellas quejas de los mayores talentos sobre la miseria de la ciencia humana, quejas tan

elocuentemente expresadas por Salomón, el mayor entre todos los sabios: he visto cuanto hay debajo del sol, y hé aquí que todo es vanidad y aflicción de entendimiento. Pero si han producido el vacío en su entendimiento, ¿por qué se lamentan ahora de que les falte el infinito?; si han corrido desalados tras la miseria de la ciencia humana, ¿por qué se quejan de no haber alcanzado con ella sino dudas y tinieblas, vanidad y aflicción de entendimiento? Es porque la verdad que buscan y que es el objeto propio de su entendimiento, no está debajo del sol, sino mucho más arriba, más allá del universo y de nuestra inteligencia, en una esencia real, infinita, eterna, absoluta, existente por sí misma, es decir, en Dios, sin el cual no solamente no conoce nada el hombre, sino que ensanchándose más y más el círculo de sus dudas y de sus tormentos, ni aun siquiera conoce su propio corazón. Pero si menos presuntuoso el hombre, se persuade que aspirar á una ciencia en la que nada falte y en la que todo se resuelva y se demuestre, es una locura, si vencido por el sentimiento de su propia pequeñez, y por la dulce suavidad del yugo de la fe, se aplica moderadamente al estudio de la ciencia y acude á la oración, para reparar con ella esa distracción del espíritu inseparable de los estudios continuados y profundos, entonces brotará de su inteligencia una luz que sin llegar á la claridad de lo infinito, será, al menos, un glorioso crepúsculo de ella y aun tal vez una especie de matiz ó de gradación entre el entendimiento del hombre y el entendimiento de Dios. El alma, elevándose entonces con verdades oscuras, las verá alborear poco á poco en la aurora de la contemplación, y habituándose en este santo ejercicio á vuelos que le eran desconocidos, se admirará un día de la sublime ligereza hasta de los misterios más grandes.

Aceptad, pues, vosotros, amados jóvenes, con una humildad profunda, esa necesidad de lo incomprendible que por todas partes nos sigue, y esa condición que tiene la ciencia de no dar á nuestro entendimiento sino una canti-

dad de luz muy débil, incapaz de satisfacerle. Si así no fuera, es decir, si la ciencia, llenando hasta el fondo la vasta aspiración de vuestra alma, os pudiese dar la plena luz de todo, no viviríais en este mundo, viviríais en los esplendores de Dios mismo, sumergidos en ese horizonte infinito donde no tiene lugar la oscuridad, donde la luz se ve directamente, sin sombras, sin límites, llena, entera, absoluta, y con una mirada en la cual no se apaga jamás la pestaña del ojo porque está arrobado, donde toda inteligencia, una vez introducida en él, cae de rodillas para no levantarse jamás. Ese es vuestro porvenir, si lo merecéis, pero no es vuestra condición actual, porque entre aquél y ésta se halla tendido un velo que sólo rasgará la muerte, como la muerte de Cristo rasgó en el templo de Jerusalém el velo que ocultaba el Santo de los Santos. Forzoso es, pues, para vuestra gloria, que tengáis aquí una lucha espiritual, conviene que merezcáis la luz combatiendo en la oscuridad; es conveniente saber, pero saber con sobriedad: importa adquirir la ciencia, pero tener presente que no basta una ciencia que sepa discutir; es menester que sepa humillarse y adorar.

DARÍO GALINDO

Presbítero

7 de Octubre de 1906

~~~~~

## ACTOS OFICIALES

Bogotá, Marzo 23 de 1907

Sr. Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—E. S. D.

Señor Rector:

La Consiliatura del Colegio tan dignamente regido por V. S., tuvo á bien honrarme con el nombramiento de profesor de Retórica y Poética, cargo que he venido desempeñando desde el mes de Febrero del año próximo pasado.

Por haber sido llamado al empleo de subdirector de la Escuela Normal de Institutores en el Departamento de